

MOCHO Y EL ESPANTAPÁJAROS

Álvaro Yunque

Ilustrado por María Jesús Álvarez





Este Libro
pertenece a:

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Ing. Agustín Rossi

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Unidad Gabinete de Asesores

Prof. Daniel José Pico

Secretaría de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Subsecretario de Gestión Educativa y Calidad

Lic. Mauro Di María

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Horacio Garay

Directora Nacional de Educación Primaria: Mg. Cinthia Kuperman

Seguimiento editorial: Noelia Forestiere, Pablo Clementoni, Gabriel Szklar

Directora Nacional de Inclusión y Extensión Educativa: Pilar Piccinini

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas: Natalia Porta López

Gestión de derechos: Verónica Varela. Asistencia editorial: María Aranguren

Coordinación de Materiales Educativos

Coordinadora general: Alicia Serrano. Coordinador editorial: Gonzalo Blanco.

Edición: Alcira Bas, Gabriela Nieri, Martín Glatsman, Paola Iturrioz.

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez, Mario Pesci, Paula Salvatierra.

Colaboración: Fabián Ledesma.

© Álvaro Yunque

Ilustraciones de María Jesús Álvarez

Yunque, Álvaro

Mocho y el espantapájaros / Álvaro Yunque; ilustrado por María Jesús Álvarez. - 1a ed. - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2023.

32 p.: il.; 28 x 20 cm. - (Historias x leer)

ISBN 978-950-00-1730-5

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Álvarez, María Jesús, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

2023, Ministerio de Educación de la Nación, Pizzurno 935, CABA, República Argentina

Material de distribución gratuita, prohibida su venta.

Mocho y el espantapájaros

Álvaro Yunque

Ilustrado por María Jesús Álvarez



M

e querés acompañar a la chacra de mi tía? —dice Tula—. Mamá me manda llevarle esta torta. Yo tengo miedo al espantapájaros que hay a la salida del pueblo.

—¡Puf! —hace Mocho, y se yergue, satisfecho de que Tula, ¡tan limpia, tan suave, tan modosa!, le haga este pedido, confíe en su valor y en su fuerza, apoye en él su debilidad femenina.

—¿Me acompañás? —insiste ella.

—¡Vamos!





Comienzan a andar uno al lado del otro. Son de la misma edad, diez años, pero Mocho es bastante más alto, y parece de más edad con su corpachón vigoroso de muchacho crecido al sol y al aire libre, con su cabeza de pelos enmarañados, negros y duros, con su cara morena y como amasada a golpes. No en vano la delicada y dulce Tula busca su apoyo. El muchacho exhibe fortaleza y coraje, ¡vaya!, ¿no lo ha visto ella misma enredarse a puñetazos con chicos mayores o correr a pedradas a perros grandes?

Caminan y conversan. Él:

—¿Por qué le tenés miedo al espantapájaros? No es nada más que un espantapájaros. Y vos no sos un pájaro.

¿O te creés que sos un gorrión?

—Ya sé que no soy un gorrión, pero abuela dice que de noche el espantapájaros se pone a caminar, y yo pienso que si vuelvo tarde, sola, y me encuentro el espantapájaros por el camino... ¡Ay! Con solo pensarlo, mirá, se me pone carne de gallina, me enfrío. Tocá.





Mocho no se lo hace repetir. Toca la piel aterciopelada del brazo de su amiga, y habla. Habla seguro de sí:

—¡Son macanas eso que dice tu abuela! Yo he pasado de noche por el camino y el espantapájaros estaba allí como si fuese de día.

—¿Habrás pasado una noche de luna?

—He pasado en noches de luna y en noches de tormenta. El espantapájaros no se mueve de su sitio.

—¿Noches de tormenta? ¡Qué valiente!

Mocho sonríe, gozoso. Tula cree lo que él afirma.

Y dice:

—¡Para eso soy hombre! Los hombres somos valientes.

Continúan andando. De vez en vez, ella lo mira de reojo. Y vuelve a hablar:

—Yendo a tu lado no tengo miedo de pasar por allí frente al espantapájaros.

Él calla. Una ola de satisfacción le sube desde el pecho al rostro y se lo colorea. Saber que esta muchacha tan linda, tan suave, tan graciosa, confía en él, le da mayor seguridad todavía. Calla, mete las manos en los bolsillos, pisa más fuerte.

Ella insiste:

—¿Y si saliera el espantapájaros a atajarnos en el camino?

—¡Bah! —hace él y se encoge de hombros, despectivo: no toma en cuenta una suposición tan descabellada.

—Sí, ya sé que no saldrá, al fin ahora es de día. Pero... ¿si saliera?...

—¡Lo rompo todo! ¡No le dejo una hilacha! —afirma él, y continúa andando. Lo dice con tanta firmeza que Tula sonríe, contagiada de la seguridad de su amigo.

—¿Qué torta llevás allí? —pregunta él, y las pupilas le relucen de gula.

—Una torta de dulce de membrillo para mi tía, la de la chacra. Hoy es su cumpleaños.

—A ver, dejame tomar el olor... ¡Ah, qué rica ha de ser!

—Sí, es rica. Yo te daría un pedazo, pero... si mamá sabe...

—¿Y cómo puede saberlo?

—Muy fácil: que mi tía, mañana, cuando la vea, le diga: a tu torta le faltaba un pedazo.

—Es cierto.

—Mamá hizo otra torta para nosotros. Esta noche, cuando me den mi pedazo, en el postre de la comida, no lo comeré. Te lo guardaré para vos.

—Guardame la mitad —concede él, un poco caballero.

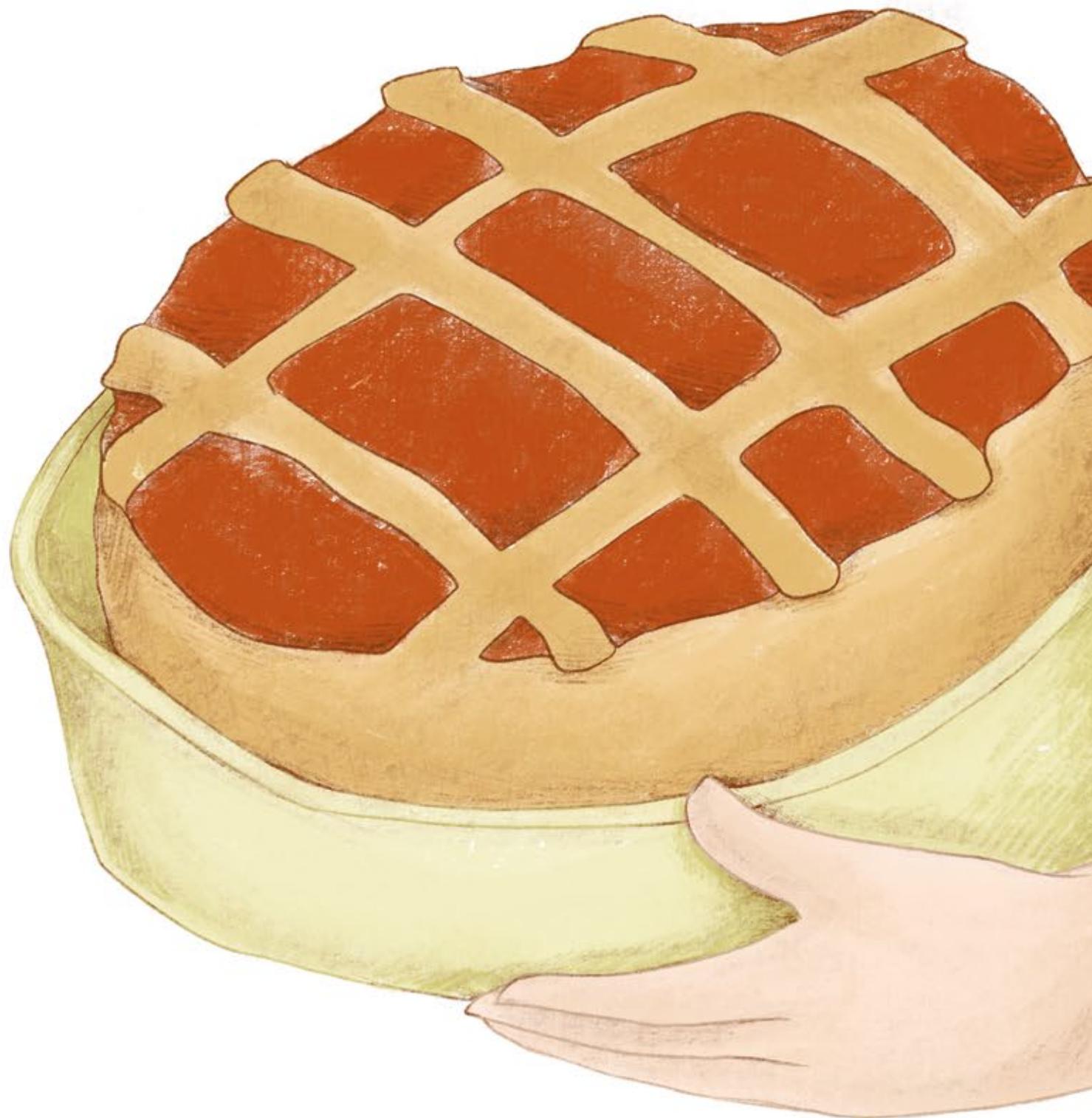
—No, te lo guardaré todo.

—No, la mitad.

—Bueno, la mitad —accede la chica, y agrega—: También le puedo pedir a mamá un pedazo para vos. Le puedo decir que me acompañaste. ¿Qué te parece?

—Me parece mejor. Así con tu medio pedazo y mi pedazo, yo me como un pedazo y medio.

Tula no responde, aunque en verdad, Mocho no ha interpretado su pensamiento. Ella pensaba que pidiendo para él, este se conformaría con su pedazo. En fin...



Doblan el camino.

—¡Allí está! —exclama ella, se toma de la mano de Mocho, aminora el paso.

—¿Y qué? —dice él, despectivamente—. ¡Vas conmigo!

Llegan delante del espantapájaros. Un sombrero de paja medio caído y, sobre la cruz de palo de sus hombros, colgantes harapos de lo que fuera un saco de hombre.

Mocho lo enfrenta, burlón y valiente:

—¡Hola, espantapájaros! ¿Qué decís? ¿Cómo te va?

Recoge unas piedras y le tira. Acierta con una y le bambolea el sombrero. No se conforma con esa demostración de valentía. No oyendo a Tula que le balbucea:

—¡No, Mocho, no hagas eso! Mirá que de noche se puede vengar... ¡No, Mocho!...



El muchacho, de un brinco, salta el alambrado, se acerca al espantapájaros y le quita el sombrero. Ríe a carcajadas. Se topa con él y continúa andando, regocijado de su hazaña cuanto del temor con que su trémula compañera, pálida y temblorosa, lo sigue.

Mocho se da vuelta y, saludando, grita:

—¡Chau, espantapájaros! ¡Tanto gusto de saludarlo con su sombrero, señor espantapájaros! —Y le tira el sombrero que cae entre los trigos de su custodia.



A la vuelta, después de haber dejado el obsequio en manos de la tía, más satisfechos, porque esta los ha invitado con masas y sándwiches, Mocho vuelve a enfrentarse con el espantapájaros:

—¡Adiós, che! Te has quedado sin cabeza. Te voy a poner el sombrero.

Vuelve a saltar el alambrado, recoge el sombrero y lo hunde en el palo que sirve de cuello al espantapájaros. Antes de doblar el camino, se vuelve para burlarlo:

—¡Adiós, espantapájaros! ¡Seguí asustando a gorriones, que a mí no me asustás!

—¡Pero a mí me asusta! —agrega la chica, y se toma de su mano. Llegan a las casas del pueblo.

—Hasta mañana, Mocho valiente.
—Hasta mañana, y ya sabés...
—¿Qué, Mocho?
—¿Te olvidaste lo del pedazo y medio de torta?...
¡Me quedé con unas ganas de probarla!

Por la noche, una noche sin luna, con oscuros nubarrones que rezongan truenos, Mocho sale al camino. Va a buscar al espantapájaros. Va a probarle que, si de día no le tuvo miedo, de noche tampoco se lo tiene. ¡Y eso que no es noche de luna! Se burlará de él, le quitará el sombrero de paja, le desgarrará el saco. Porque el espantapájaros estará allí, en el sitio de siempre, inmóvil e inofensivo, solo sirviendo para asustar a tontos gorriones o débiles niñas como Tula...

Pero ¿qué? ¿Quién viene allí por el camino? ¿Es el espantapájaros?

¡No puede ser! ¡Y es el espantapájaros, sí! Lentamente, con sus harapos al viento, con su sombrerote de paja agitado, allí viene, por el camino, y en dirección contraria a la suya. Mocho se detiene, sorprendido y temeroso. Siente que un frío de hielo le paraliza las piernas, que la piel se le eriza, que los cabellos se le ponen de punta. Intenta gritar, y no puede. La voz se le corta.



¿Pero entonces era verdad lo que decía la abuela de Tula? ¿Es verdad que el espantapájaros sale de noche a andar por los caminos? ¡No puede ser! ¿Cómo creer en tal cosa? Y sin embargo, allí está, en el camino, andando como un hombre y dirigiéndose hacia él, quizás dispuesto a vengarse de sus burlas y de sus pedradas. Ya se acerca, se acerca... Mocho no resiste más. Da vuelta y, temblando de miedo, echa a correr.



Pero corre torpemente, sus piernas temblorosas han perdido el vigor y la agilidad habituales. Y oye detrás suyo los pasos del espantapájaros que lo persigue. Los oye más cerca, ¡más cerca todavía!, ya parece que lo tiene junto a él, no puede más...

Pide auxilio. ¿A quién pedirlo sino a la madre?

Intenta dar un salto, y grita:

—¡Mamá, mamá! —Siente que ha caído. Porque Mocho acaba de rodar de la cama donde estaba soñando. Se hace la luz. A su lado está la madre, afligida:

—¿Qué te pasa, querido?



Mochi la mira con ojos espantados. Va a decirle que el espantapájaros lo corría, pero calla. ¿Cómo decir tal cosa? Calla y se aprieta contra su pecho, sollozante. La madre lo consuela y acaricia:

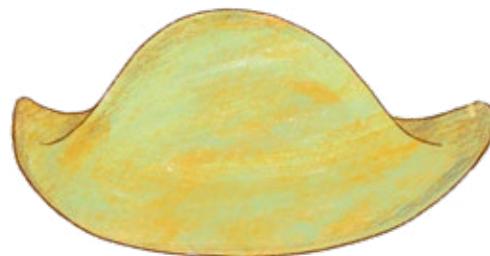
—Estabas soñando. Una pesadilla, seguramente. Eso te pasa por comer mucho y a cada rato. No es nada. Acostate, querido. Yo te acompañaré.

Lo tiende en la cama, lo arropa. Y se instala a su lado. Mochi se siente seguro, cierra los ojos, se duerme.



Pero a la mañana siguiente, día de sol radiante
y magnífico, pasando por delante del espantapájaros
inmóvil, sigue derecho, lo contempla de reojo. No se
le ocurre burlarlo ni tirarle piedras.





ÁLVARO YUNQUE

Seudónimo del poeta y escritor argentino Arístides Gandolfi Herrero (1889-1982). Nació y vivió en Buenos Aires y se distinguió por la sensibilidad para captar el espíritu popular y sus costumbres. Fue uno de los intelectuales más populares de la Argentina. Algunas de sus obras son: *Versos de la calle*, *Poemas gringos*, *Los animales hablan* y *Barcos de papel*.



MARÍA JESÚS ÁLVAREZ

Rosario (Santa Fe), 1971. Es diseñadora gráfica, licenciada en Bellas Artes y diseñadora de indumentaria. Desde hace varios años vive en Buenos Aires y se dedica a la ilustración de libros infantiles. Algunos de sus libros son *Las cuatro estaciones*, *Blum*, *La rara travesía de Ana María*, *La mochila de Esperanza*, *El secreto del tanque de agua*, *Mil grullas*, *Treinta y cuatro lauchitas*, *Cuentos clásicos para recordar*, entre otros.





Historias x leer

Para leer con tus docentes.

Para leer a solas o con otras y otros.

Para mirarlos, escucharlos y compartirlos.

Esta segunda serie amplía la colección con otros catorce cuentos escritos e ilustrados por importantes artistas.

A través del código QR vas a encontrar una versión multimedia accesible –con interpretaciones en Lengua de Señas Argentina y en texto plano–, musicalizada por ensambles del Programa Nacional de Orquestas y Coros Infantiles y Juveniles.

Estos libros son para todas las niñas y todos los niños que están cursando la Primaria en todo el país.

Leer es tu derecho.

Mocho y el espantapájaros

La abuela de Tula cuenta que el espantapájaros que está a la salida del pueblo cobra vida por las noches y pasea por los senderos. Tula le cree y se cuida mucho de andar sola por esos caminos. Mocho, su amigo, se ríe de ella y dice que son puras macanas... pero quién sabe. ¿Habrá bajo las estrellas un espantapájaros caminante recorriendo los senderos entre el campo y el pueblo?

Ejemplar de distribución gratuita



Versión
multimedia